

TÚ

Anjel Lertxundi

erein

TÚ

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1. edición: Mayo de 2016

Título original:

Zu

Imagen de cubierta:

Antton Olariaga

Maquetación:

Itxaropena

© Anjel Lertxundi

© De la traducción:

Gerardo Markuleta

© EREIN. Donostia 2016

ISBN: 978-84-9109-082-3

D.L.: SS - 616/2016

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

TÚ

Anjel Lertxundi

Traducción de Gerardo Markuleta



I
AZAR Y CULPA

Pertenezco al sufrimiento tanto como a la felicidad.

OIER GUILLAN, *Solidaridad salvaje*

*Tienes cáncer, le dice de pronto en voz baja, porque
hay cosas que sólo se pueden decir en voz baja.*

ALBERTO BARRERA TYSZKA, *La enfermedad*

DIECINUEVE DE JULIO DE 2012. El diagnóstico que acaban de oír no entraba ni en sus peores cálculos. Cáncer. Páncreas. Dos palabras, a cual más... Dos explosiones de pánico, dos bruscas dentelladas en las entrañas. Últimamente Tú padece trastornos digestivos, no asimila bien lo que come, en algún punto de su aparato digestivo hay una obstrucción que no deja pasar la comida, en cuanto traga algo se pone a vomitar.

Por eso acudieron al médico. Ahora ya saben a qué era debido. Las pruebas que se hizo Tú la semana pasada no dejan resquicio a la duda.

El marido mira a Tú, que a su vez mira a la doctora como si buscara el sentido de esas dos palabras que acaba de oír en algún punto más allá de la pared de la consulta. Como si buscara la respuesta en la arboleda, en la verde ladera, en el espeso bosque de Errondo que ve por la ventana situada a espaldas de la doctora. Tú aprieta una y otra vez el bolso contra su vientre, como si buscara fuerzas para aferrarse a la vida.

El marido vuelve a mirar a la médica.

Ella, una discreta mujer de unos treinta y cinco años, tras conceder un breve lapso de respeto a las reacciones de la pareja,

comienza a precisar el diagnóstico, como si trajera bien aprendido lo que ha de decir y cómo ha de decirlo.

Antes de empezar con el tratamiento, tenemos que saber más acerca del tumor... El caso es que está situado en un lugar muy peligroso, cerca de la vena porta... Es especialmente difícil llegar a él y extraer muestras para la biopsia, precisamente por la proximidad de esa vena... Además de los riesgos y dificultades que ya conocemos, pueden surgir imprevistos... Debemos ser prudentes, mejor descartar la intervención...

La pareja mantiene la mirada fija en la médica. Absorta.

Tendremos que hacer más pruebas para cerciorarnos del verdadero tamaño y carácter del tumor...

La médica da sus explicaciones con mesura. Sin ningún tipo de eufemismo, y en un lenguaje comprensible para la pareja. La médica debe de saber más de lo que dice. Pero Tú y su marido ignoran qué se ha reservado. En cualquier caso, el futuro les traerá inmisericorde lo que la médica les ha dicho, lo que parece guardar para sí, incluso lo que la médica aún no sabe; entre otras cosas, cómo va a ser la lucha entre las embestidas del tumor y la resistencia de Tú.

Tú no hace ninguna pregunta. Tampoco su marido. ¿Para qué?

Están en manos de los médicos, confían en ellos. No les queda más remedio que confiar.

La médica se despide de ellos con un apretón de manos.

Antes de entrar en la consulta no eran más que unos profanos, completamente ignorantes. Y lo siguen siendo al abandonar la consulta, pero ahora salen del ambulatorio con toda la carga que conlleva la palabra "cáncer". Con el peso del cáncer y lo que supone que sea de páncreas: muchas veces han oído decir que la combinación de esas dos palabras determina una esperanza de vida muy corta: es sobre todo el peso de esa sentencia lo que los

agobia. Y no aliviarán ese peso, no hay manera. Imposible. De golpe, dos palabras se han impuesto en su vocabulario, tanto a las actividades propias de cada uno como a las que comparten: en adelante, *cáncer* y *páncreas* serán sus palabras clave, y no podrán quitárselas de encima. Del todo indeseables, pero ineludibles compañeras de viaje.

El marido pasa su brazo por los hombros de Tú. La mujer sigue apretando el bolso contra su vientre.

Cruzan el gran parque que media entre el ambulatorio y el aparcamiento. El sol está en su apogeo. Los árboles los protegen del calor, pero no del abatimiento.

Ese hijoputa no va a poder con nosotros.

Algo tenía que decir el marido, y eso es lo que le ha salido, pero no porque lo crea, sino para que el penoso silencio no se haga aún más pesado. Para hacer vibrar algún hilo vital.

No, no va a poder con nosotros, le responde Tú, con voz medrosa.

APARTO UNA MANO DEL VOLANTE y la pongo sobre la rodilla de Tú. Tranquila, todo saldrá bien. Tú parece aprobar mis palabras. O no. Al menos no hace objeción alguna. Pero tanto ella como yo sabemos que son palabras de compromiso. Que no hacen ningún daño. Yo se las digo con la mejor intención, ella me las acepta por obligación.

¿Qué otra cosa podía decirle? ¿Resígnate de una vez, cariño, todo saldrá mal?

TÚ CUENTA A LA FAMILIA lo que les ha dicho la médica. Se muestra entera, no se le quiebra la voz, es dueña de la situación y, mientras detalla el dictamen de la doctora, todos cuantos la escuchan se van

derrumbando; se desmoronan a medida que oyen sus palabras, incapaces de conservar el ánimo. Al marido le parece que es él quien peor está, pero se esfuerza por que Tú no se dé cuenta. Teme que su flaqueza la debilite. Si tuviera ante sí un espejo, vería una estúpida sonrisa, pero en el lugar de la reunión no hay ningún espejo y, mientras ella habla, el marido se mantiene en un segundo plano. En alguna ocasión, pero muy pocas veces, se le escapa alguna palabra para completar o precisar lo que dice Tú.

El mal trago ha pasado. El marido está hecho trizas, pero se muere de ganas de estar a solas con Tú: a la vuelta de la consulta, apenas han dispuesto de veinte minutos de coche para estar solos. En cuanto han entrado en casa y se han cambiado de ropa, han aparecido sus hijas con sus maridos, de vuelta de sus respectivos trabajos, y el pequeño nieto, y también entonces Tú se ha mostrado animada, dejando claro que era ella quien controlaba la situación.

El marido sirve a Tú un café con leche caliente, unas galletas y un paracetamol. A los familiares y amigos que se han acercado a hacer una visita rápida, vino y algo para picar. Enfermero y camarero: el marido empieza a poner en práctica dos nuevos oficios.

Cuando Tú se acuesta, el marido entra en internet en busca de información. Pasa un buen rato tentado de buscar *cáncer* y *páncreas*.

No se atreve.

ES EL DIAGNÓSTICO lo que nos hace ser conscientes de la enfermedad. Sin embargo, ya para entonces el mal ha recorrido una larga etapa en algún ámbito microscópico del cuerpo, en completo silencio, a saber desde cuándo y de qué manera. En aquel momento en que empezó la prehistoria de la enfermedad,

¿en qué andaba Tú, qué parte de su historia estaba viviendo? ¿Qué proyectos tenía en mente cuando las células empezaron a reírse de ella? ¿Salían juntos ya Tú y el que luego sería su marido? ¿Había sido ya madre? ¿O el capricho de las células tuvo lugar después de que su padre muriera de cáncer? ¿Tuvo algo que ver la menopausia?

Cuándo surgió, cuántos años ha cumplido sin que Tú conociera la presencia del mal en alguna hendidura de su cuerpo, es algo que ni Tú ni nadie sabe; quién puede asegurar cuánto tiempo lleva ese hijoputa en sus entrañas. Lo que está claro es que, quién sabe en qué momento, quién sabe por qué, unas cuantas células se rebelaron en completa clandestinidad, en algún oscuro rincón de su cuerpo hasta entonces rebosante de salud.

UN PRECIOSO JARDÍN, admirable. En tanto que el jardinero se afana en cuidarlo con la mayor atención y destreza, un maldito topo estropea en la oscuridad lo que el jardinero ha cultivado a la luz del día.

El jardinero nada sabía de la existencia del topo hasta que, un día, en la superficie de la tierra, apareció un pequeño montículo. El jardinero usa veneno contra los topes, y cada día pasa un largo rato en silencio frente a la topera, azada en mano, casi sin tomar aliento, a la espera de detectar el movimiento subterráneo del maldito topo y acabar con la alimaña de un golpe seco de mocheta. El jardinero sabe que, si algo hay que pueda vencer al instinto del topo, es la paciencia. El animal, por su parte, aunque ciego, utiliza su olfato y su oído para detectar la presencia de su enemigo y aprovechar el más mínimo descuido para seguir estropeando la tierra, agujero aquí, montículo allá.

Es una lucha a muerte. Mientras sujeta la azada en el aire para propinar el golpe, al jardinero le pasa de todo por la mente, se le

ocurre, imagina e inventa lo que no está escrito, para impedir el deterioro cada vez más evidente del jardín y, lo que es peor, se lo llevan los demonios cuando piensa —y lo hace continuamente— que algún día puede ser que, cerca del montículo que está vigilando, vea un nuevo montículo, señal ostensible de que el topo persevera incansable en su clandestino trabajo...

DESCIENDO A LA PLAYA con la toalla bajo el brazo. Las olas, el mar, el cielo, todo a merced de una luz muy intensa. El viento trae olor a yodo de las algas y el fondo marino. La playa está llena de gente ociosa. Me pondría a gritar, pero a todo cuanto miro y veo le es indiferente lo que pueda pasarnos; a la gente que pasea por la playa le trae al paio la necesidad de chillar de ese hombrecillo que se dispone a meterse en el agua; al buen tiempo poco le importa mi rabia.

Echo a correr con pasos cortos y me zambullo contra la primera ola, contra la segunda, contra la tercera. El primer envite siempre me favorece, y avanzo estirando los brazos con fuerza, pero tras ese primer esfuerzo repentino la ola se apodera de mí, me atrapa en su remolino, me hace perder el equilibrio y me devuelve a revolcones al punto de partida.

Vuelvo a por más olas. Suelto una maldición y vuelvo a saltar. Incluso bajo la ola y con los labios apretados, mis entrañas siguen despotricando y llorando a gritos. Desgarradores aullidos que sólo yo puedo oír hacen que la cabeza casi me estalle bajo el agua. Llanto y ola, maldición y espuma. Tras el breve paréntesis entre ola y ola, otro salto. Y otro. Las maldiciones y el llanto a gritos, igual que las olas, ya no tienen la misma fuerza.

Hoy la mar está revuelta, me dice, mientras sale también del agua, alguien con quien trabajé hace tiempo.

Si te parece..., le contesto, un poco gruñón. Él frunce el entrecejo, como si el estruendo de las olas le hubiera impedido oír

mis palabras. Se gira y se va, con gesto adusto, como reprimiendo las ganas de decir: ¡menudo cascarrabias!

CUANDO ESCRIBÍ LA NARRACIÓN *Hausturak* [Rupturas] –allá por 1979–, alojé a los protagonistas de mi relato en un hotelito situado dentro del recinto amurallado de Ávila. El caso es que yo no conocía la ciudad, y por aquella época no existía Google. Lo más parecido al buscador que tenía a mi alcance era la representación borgiana de la biblioteca de Babel, pero aquel limbo no permitía hacer consultas. Así que, para describir el paisaje montañoso que se veía desde el hotel del cuento, me documenté a base de guías turísticas. Desde entonces me apetecía viajar a Ávila y comprobar *in situ* lo que entonces había imaginado; pero, unas veces por desgana y otras por pereza, pasaron años hasta que visité la ciudad. Fuimos un mes antes del diagnóstico, yo con más ganas que Tú.

En aquel viaje, la enfermedad nos envió el primer mensaje de su existencia. Durante los primeros días de las vacaciones no le noté nada raro. Falta de apetito, sí, pero se la achacamos a no haber acertado con los restaurantes o a la pesadez de las comidas. También a la delicada situación de Alberdania, la editorial que publicaba mis libros: la crisis económica les estalló en plena renovación, precisamente en el momento más importante del proceso de ampliación y afianzamiento de la empresa. La noticia supuso un gran disgusto para Tú. Tanto por nuestros amigos de Alberdania, como por mí y por mis libros. Pero, cualquiera que fuera el motivo, tenía el resultado ante mis ojos: Tú estaba completamente desgana y triste, y prefería que camináramos por los alrededores del hotel a hacer cualquier excursión en coche. Ávila no la seducía, no sentía curiosidad, le daba igual allá o aquí. Son detalles que luego, *a posteriori*, hemos revivido en

la memoria como avisos, pero ya para entonces el cuerpo de Tú había empezado a enviar claras señales de la presencia del hi-joputa. Sin embargo, no las tomábamos como tales, no supimos interpretar lo evidente.

Era el cuarto o quinto día de vacaciones. Apenas habíamos empezado a comer, cuando Tú se llevó la mano a la garganta, haciendo un gesto de empacho. Aún no había terminado su plato de ensalada. No estoy bien, me dijo, y, dejando la comida a medias, volvimos apresuradamente al hotel. Ya en la habitación, vomitó. También entonces achacamos a no sé qué aquel repentino malestar. La digestión, el mal estado de algún alimento, el calor sofocante, su mal temple. Nos acostamos para hacer la siesta, y le dije, medio en broma: duerme un poquito y se te pasará, creyendo que aquella fórmula que, cuando eran pequeñas, usábamos para acallar los gimoteos y pucheros de nuestras hijas le arrancaría una sonrisa.

Volvimos a casa con la sensación de que habían sido unas vacaciones frustradas.

“LAS COSAS, O VAN BIEN O VAN MAL, ahora una cosa y luego la otra: al parecer, nos mantiene vivos una especie de ley de fortuna alterna”, escribe el marido de Tú en su ordenador. Alza la cabeza y se frota los ojos. Los nota cansados, doloridos. Desde la pantalla, dirige su mirada hacia la ventana y la mantiene allí unos instantes. Luego, vuelve a frotarse los ojos y sigue escribiendo:

“Según ese esquema que tenemos tan arraigado, vivíamos una época de vacas gordas, a lo bueno le seguía algo mejor: las bodas de nuestras dos hijas, premios literarios, trabajo a raudales, el nieto... Pero dicen que la fortuna es como el viento. Natural, súbita, ligera. Aunque también inconstante y caprichosa: nunca sabes por dónde va a soplar. Y, de repente, cuando la situación empieza a

torcerse, el lado pesimista de nuestra psicología nos pone en lo peor: y si nos atosiga la desdicha, y si a la lluvia le da por entrar en nuestro hermoso palacio incluso cuando no llueve, y si nos hemos metido en el enloquecido Scalextric de la mala racha...

”Si ganamos, pensamos que nos lo hemos merecido. Pero la victoria conlleva también sus pérdidas, siempre queda atrás algún terreno que no hemos conquistado. No existe el éxito completamente satisfactorio. Y cuando la derrota es severa, la adversidad de la fortuna nos hace maldecir el aspecto aún más adverso del cielo.

”Seguimos repartiendo y recibiendo boletos de la tómbola, no tenemos alternativa”.

El marido se levanta del ordenador: hace rato que no siente a Tú. La encuentra regando los geranios, con una jarra mediada de agua. Siempre le ha gustado tener vistosos el balcón y las ventanas. Acostumbra a hablar con las plantas, y las anima diciéndoles que están tan bonitas como las del Baztán (a Tú debe su costumbre de hablar con las plantas el personaje de María Luisa, de la serie televisiva *Goenkale*, en la que el marido fue guionista). Hoy, en cambio, Tú riega en silencio, quita el polvo a una flor con la yema de un dedo, endereza otra. De pronto, frente a una maceta, se lamenta: también vosotras estáis decaídas. Se inclina para ver mejor las plantas. ¡Pobre, cuántos bichos!, dice a una francesilla, y le quita las hojas secas, hasta dejarla casi desnuda.

Hoy no menciona el Baztán.

Deja de regar, y se aparta de la baranda del balcón. Al girarse, se lleva un pequeño susto: su marido la está mirando.

Tengo miedo, deja caer Tú, como si sus palabras fueran una sábana tendida a merced de una repentina ráfaga de viento.

También yo, piensa el marido, también yo tengo miedo.

CONFIAMOS EN LOS PROFESIONALES DEL HOSPITAL, no tenemos intención de ir preguntando aquí y allá. No vamos a encontrar otro hospital público en el que nos traten mejor que en este; y tampoco privado, en caso de que dispusiéramos del dinero preciso. Aparte de que el gasto sería muy grande, ¿acaso hallaríamos alguna salida para la situación en la que nos encontramos? Y ante todo está el deseo de Tú: quiere estar aquí. Vayamos a donde vayamos, ¿nos van a cuidar mejor que aquí? ¿Nos sentiremos tan *en casa*?

SIN NINGÚN ÁNIMO PARA TRABAJAR, vencido por el abatimiento, sin ilusión alguna, se me viene a la mente una palabra que hace tiempo que no oigo ni pronuncio: *galbana*. No recuerdo haberla escrito nunca.

Para mitigar un poco mi absoluta *galbana*, cojo del estante el octavo tomo del *Diccionario General del Euskera*: pocas compañías me distraen tanto en mis horas oscuras como un buen diccionario. Lo hojeo en busca de la palabra *galbana*, pero antes de llegar a ella me salen al paso, casi una tras otra, *gaitza* [enfermedad] y *gaizkia* [mal, desgracia].

La enfermedad y el mal, ¡primos hermanos!

En plena raíz del mal [*gaizkia*], la enfermedad [*gaitza*]. La enfermedad como médula del mal; el mal proviene de la enfermedad. La lengua vasca parte de la enfermedad para definir el mal, el reverso del bien. Pero la *galbana* no me provoca especial curiosidad por las elucubraciones, y no tengo ninguna gana de comprobar, como acostumbro a hacer, qué sucede en otras lenguas. Me basta con lo que dice el euskera. Si la *galbana* no ha entumecido mi entendimiento, mi lengua me dice que quien está enfermo ha perdido el bien, la integridad de lo esencialmente bueno.

Cierro el diccionario sin haber mirado la palabra *galbana*.

“LAS MÚSICAS OÍDAS SON DULCES, pero más dulces son las no oídas.” Lo que John Keats dice acerca de la música puede decirse también de las palabras. Las palabras que nos faltan carecen de diccionarios; los diccionarios recogen su ausencia en los espacios en blanco entre palabra y palabra.

Viven *in absentia*. Pero viven. Esperando a que las descubramos.

De niños, aprendíamos palabras nuevas a montones, y todas ellas entraban perfectamente en la mochila de nuestra ilusión. Pero queríamos más, nos pasábamos el día haciendo preguntas, cómo es eso, qué es aquello, nunca nos saciábamos. Caminábamos por el desierto y la selva, recién aprendidas las palabras *desierto* y *selva*; nos hacíamos amigos de los esquimales y los apaches, comíamos tartas de jengibre con la misma facilidad con que aprendíamos a leer.

Queríamos conocer el mundo, pero ¿cómo conocerlo sin nombrarlo?

Pasados los años, inocentes de nosotros, decidimos que ya conocíamos el mundo, y la pasión de aprender palabras nuevas se derritió en nosotros, como un helado al sol.

TÚ Y SU MARIDO se sienten sin futuro. Cuando preguntan “¿Qué tenemos mañana?”, se refieren a si les espera algún análisis o ecografía o escáner o consulta. Organizan su vida, sus compromisos cada vez más infrecuentes, en torno a ese tipo de cosas.

En cuanto al pasado, se afanan en buscar razones. Cuál es la causa de la enfermedad de Tú, en qué se equivocaron.

La dieta, los antecedentes familiares (al padre de Tú lo mató un cáncer de estómago), la falta de ejercicio, los cigarrillos de cierta época, el exceso de exposición al sol, quizá el cotidiano zumo de limón en ayunas...

El largo repaso abarca incluso las anécdotas más ridículas.

En todas las presuntas explicaciones, Tú, de uno u otro modo, se declara culpable: no puede quitarse de la mente que el principal causante de su enfermedad es algo que ella hizo mal.

Empeñarse en buscar motivos no sirve de nada, mirar hacia atrás es ya inútil. ¿Y qué, si supieran la causa? Ha sucedido, y punto. Tiene un tumor maligno en el páncreas, ésa es la realidad. Los médicos desconocen aún de qué tipo de tumor se trata, pero lo sabrán. Eso es lo que Tú y su marido desean, necesitan. ¿Quién les iba a decir que Tú iba a estar impaciente por empezar a tomar la quimio?

De todo eso es de lo que hablan.

En cualquier caso, la mente no descansa, y ciertas palabras de Marco Aurelio adquieren un gran peso para la pareja: “Nada viene de la nada”. El cargo de conciencia es demasiado grande para apartarlo de golpe, y, aunque en contra de su voluntad, la inercia los empuja a buscar las causas que engendraron el monstruo, si no abiertamente, cada cual en su interior.

Si se confirman las sospechas de los médicos, el monstruo tiene nombre:

Adenocarcinoma de páncreas localmente avanzado.

De vuelta a casa tras una tomografía en el hospital, ella dice:

No me arrepiento de nada. Lo que me preocupa es tener que pasarlas canutas.

Sólo una maldición que suelta el marido por algún incidente de tráfico –“¡Adónde vas, animal!”– rompe el pesado y largo, larguísimo silencio posterior.

“TENGO DOCE AÑOS y soy una inválida. El cartero trae a nuestra casa dos pensiones, la del abuelo y la mía. Las chicas de la clase, cuando se enteraron de que tenía cáncer en la sangre, tenían miedo de sentarse a mi lado... de tocarme... Los médicos me han dicho

que me he puesto enferma porque mi padre trabajó en Chernóbil. Y yo nací después de aquello. Yo quiero a mi padre...” (Svetlana Aleksiéovich, *Voces de Chernóbil*).

“Es MUY DIFÍCIL para cualquier paciente de cáncer resistirse a la idea de que es un error propio el que ha originado la enfermedad. Al fin y al cabo —dice David Rieff, hijo de Susan Sontag, en *Un mar de muerte—*, aún están muy presentes las explicaciones de Reich que consideran que el origen del cáncer está en la represión psicológica, y que en nuestro tiempo han dado paso a las explicaciones basadas en una alimentación inadecuada, fundamento de una notable culpabilización, y al supuesto de que el paciente de cáncer es, en un sentido profundo, causante de su propia enfermedad.

Pero supongamos que se supera todo ese trance y se sobrevive. Esa supervivencia parece un milagro, por mucho que el entendimiento diga que muy probablemente no lo es.”

DE CONSULTA EN CONSULTA, se les hace difícil retener todo lo que les dicen, unir los hilos más importantes. Lo que tienen claro es que los médicos buscan un diagnóstico exacto, asegurarse de la naturaleza del tumor. Y que no lo consiguen. Tú se ha hecho todas las pruebas que le han prescrito, pero las biopsias no garantizan la seguridad que los médicos requieren. Han descartado definitivamente una intervención quirúrgica. Antes dijeron que sería la última opción, pero sin ningún convencimiento. Ahora, ni siquiera eso. Y en cuanto al tratamiento, hasta conseguir una muestra fiable del tumor y disponer de un diagnóstico definitivo, los médicos no son partidarios de empezar con la quimio.

Entretanto, Tú no puede comer, adelgaza a marchas forzadas, y es que lo vomita todo, salvo algunas infusiones y una pizca de

comida bien triturada. Lo que come se topa con un muro en algún punto del aparato digestivo: al parecer, la muralla la forma alguna hinchazón producida por el tumor.

Al marido le vienen a la memoria las vacaciones pasadas en Ávila, y sus murallas. Su imaginación siempre ha sido muy dada a establecer relaciones desagradables. Y, a menudo, también a soltarlas de sopetón. Hoy, en cambio, se reserva la ocurrencia.

DURANTE DÍAS Y DÍAS, el resentimiento de Tú adopta la forma de una pregunta:

¿Por qué a mí?

Angustia, llanto, protesta, rebelión.

Deseo de vivir y certeza de la muerte. Certeza de la muerte, pero deseo de vivir.

Sin embargo, poco a poco, se le va debilitando la rebeldía, la inquietud, el odio inicial. Se ha retraído, algo se está incubando en su interior, no tiene ganas de hablar. Me da miedo pensar que esté cayendo en el desánimo, ya me han prevenido del riesgo que los enfermos de cáncer de páncreas tienen de sufrir depresiones.

Esta mañana, lo que estaba cobrando forma en Tú se tornó en palabras:

¿Y por qué no a mí?

Tú se ha quedado mirando fijamente a un punto inexistente. En la habitación no se oía nada. Sólo mi impotencia para expresar nada. Pero la pregunta de Tú no se dirigía a nadie. Hablaba consigo misma. En realidad, ¿y por qué no a mí? no era una pregunta, sino una afirmación que a Tú le ha costado aceptar. La conclusión de un difícil proceso. Tú se juega la vida, y se dice a sí misma que acepta incluso las más extremas reglas del juego de la vida.

¿Por qué a mí? ¿Por qué no a mí?

Dichas o leídas de golpe, no hay prácticamente diferencia de tiempo entre ambas preguntas. Pueden leerse una detrás de la otra. Pero en la cruda realidad de la vida cotidiana, pasa mucho tiempo hasta que se recorre el camino que media entre ambas preguntas. ¿Cuánto?, no es fácil decirlo: desde la protesta que supone la primera –¿por qué a mí?– hasta la aceptación que conlleva la segunda –¿por qué no a mí?– es preciso vivir un largo proceso interior, y la duración de esa vivencia no se mide con ningún reloj, igual que la carga del proceso no puede pesarse, no podemos marcar en rojo en un calendario cuándo empezamos a aceptar que el capricho del azar había señalado a mucha gente antes que a nosotros.

Para que el destino nos señale, sólo es preciso cumplir una condición: estar vivo.

La fortuna es más fría que el propio hielo, nos marca sin piedad, todas nuestras protestas son en vano. Es parte de la vida. Y cuando llega la aceptación de la vida, de todas sus normas, comienza la lucha por enfrentarse con dignidad a lo que viene: y el verdadero punto de partida del camino iniciático de esa lucha no es la pregunta *¿por qué a mí?*, sino *¿por qué no a mí?*

EL MARIDO DE TÚ RECUERDA la ocasión en que, hará unos diez años, coincidió con el escritor japonés Kenzaburo Oé. Sucedió en la feria del libro de Fráncfort. Para trasladarse de un edificio a otro, tomó una de aquellas interminables escaleras metálicas que atraviesan los largos pabellones y, en ese preciso instante, se le puso al lado un japonés bajito, de ojos diminutos apenas ocultos por unas gafas igual de pequeñas, acompañado por un largo séquito de editores, agentes, intérpretes, fotógrafos, azafatas, etcétera.

¡Kenzaburo Oé! ¡No puede ser! ¡No puede ser!

Viendo a su lado al escritor japonés, la emoción le trajo a la memoria cantidad de imágenes provocadas por la lectura de uno de sus libros. Pero, antes de decirle nada, intentó poner un poco de orden y unidad en aquel revoltijo de imágenes.

EL HIJO DEL PROFESOR BIRD –*alter ego* de Kenzaburo Oé– ha nacido con hidrocefalia, tiene dañados los conductos encefálicos. El profesor se niega a aceptar la situación. ¿Por qué a mí? ¿Por qué ha tenido que tocarme a mí?, ¿por qué va a joderme la vida un niño con la mente lisiada?, ¿por qué tengo que mandar a la mierda mis proyectos, mi vida soñada, mi futuro? Bird baja la escalera al infierno y recorre durante días sus antros más oscuros. Tras las más negras tentaciones, las más crueles maldiciones, en compañía de los más fuertes licores, tras un duro proceso introspectivo, el profesor acepta a su hijo, acepta la enfermedad de su vástago, acepta su paternidad.

EL MARIDO DE TÚ MIRÓ CON EMOCIÓN al escritor japonés. Kenzaburo Oé le respondió con una sonrisa sencilla y afable.

Disculpe mi atrevimiento, señor Oé, soy un escritor vasco. *Basque Country, Pays Basque*, ¿comprende? *Bas-que Coun-try*. Quisiera expresarle mi admiración, y también mi agradecimiento, por su novela *Una cuestión personal*. ¡Muy dura, sí, señor! ¡Pero me conmovió hasta las entrañas!

Pero para cuando el marido consiguió poner en palabras lo que tenía en mente, la escalera mecánica había llegado al final. Kenzaburo Oé volvió a ofrecer su sonrisa sencilla y afable al escritor del *Basque Country* y se dirigió a la sala VIP. Al marido de Tú le pareció una solitaria oveja perdida. Tan solitaria oveja perdida

como él, pero Oé, al contrario que el marido, llevaba consigo una amplia comitiva de editores, agentes, intérpretes, fotógrafos, azafatas, etcétera.

EL MARIDO DE TÚ ABRE en su ordenador la carpeta en la que guarda citas y otros textos breves llamada *Escondrijo*. Escribe Kenzaburo en el buscador. En la pantalla aparece un fragmento de una entrevista concedida a *Le Monde* por el novelista japonés:

“Dignidad es la palabra que más me sedujo cuando empecé a estudiar la literatura francesa. El hombre puede vivir con dignidad incluso en las peores condiciones. Un niño minusválido que se desmaya tras una crisis epiléptica conserva su dignidad. Me gustaría escribir sobre esa dignidad. Para mí hay dos tipos de personas: las que saben conservar su dignidad pase lo que pase y las demás”.

Bajo la declaración de Kenzaburo Oé, unos breves apuntes que el marido de Tú tomó hace tiempo:

“Una vida no muestra su verdadero tamaño mientras no se da de bruces con la desgracia.

”¿Qué es, en realidad, la vida?

”Un camino. Hacer camino. Y es parte del camino tener la perspectiva de que también uno mismo puede tener mala suerte, de que también uno mismo puede conocer la derrota y el fracaso”.

Pero cuando el marido de Tú escribió esas palabras no hablaba de la enfermedad; no únicamente, al menos, del deterioro físico. Hablaba del fracaso literario. Del pánico que tiene un escritor a no atinar y a la falta de éxito.

Ahora, sin embargo, aquella preocupación le parece muy lejana. Vieja. Y, dada la situación actual de Tú, obscena.